

BEST SELLER DEL AÑO

Comandante Paraíso

Gustavo Álvarez Gardeazábal



letra
grande
XL

Convencido plenamente del efecto causado por la revolución del narcotráfico en la vida colombiana, el hijo natural del judío Abrahám Iscariote asume el mando del Ejército Nacional de los Traquetos. Quiere ser el Napoleón de la nueva era. Para ello cuenta con su historial de gran capo de capos , con su experiencia como inversionista tolerado por la doble moral de Wall Street y con su mito creciente de Comandante Paraíso.

Perfiles

Por el gusto de leer... a lo grande

MONDADORI



Gustavo Álvarez

Gardeazábal

1945

Ha conseguido a lo largo de su nutrida obra novelística marcar un hito en la historia colombiana. Nadie ha sido más crítico de las distintas etapas de la sociedad colombiana a través de la prosa narrativa que este tulueño sobreviviente de mil peligros y responsabilidades.

Día a día, mientras permaneció prisionero durante tres años condenado por un delito que nunca fue delito, Gardeazábal construyó esta novela que le reedita su consagración como el autor más leído en Colombia.

Arrimado en una finca a orillas del Cauca sembrando cebolla ya no le quedan sino sus gansos y unas cuantas orquídeas que sobrevivieron a la catástrofe económica y sentimental que le significó la cárcel y su derrocamiento como gobernador del Valle.

Mamá Coca
El Dapei de la Coca
www.mamacoca.org

48



“Vea doctor, a mí me achacaron muchos muertos. Cada que usted ve la televisión o lee los periódicos encontrará que yo soy el autor intelectual de no se cuántos crímenes. Yo nunca los he desmentido ni lo voy a hacer. Esa clase de contabilidades no las llevo yo pero sus saldos sí los he usado para que la gente no me robe, no se meta conmigo y me tenga miedo. Cuando en los días que le robaron las elecciones al general Rojas Pinilla nos pusimos todos de acuerdo para ir tostando esos policías malparidos que nos cambiaron los votos por una plata que les pagaron los godos de Pastrana, la cagada la hice yo, solito, sin autorías intelectuales ni todo ese poco de cosas.

Bueno, para ser veraz, no fue tan solito del todo porque me ayudó el hijo de don Aurelio. Yo andaba encarretado con ese pelado porque a más de que era bonito y tenía clase de muchacho fino con un cachito de mariguana hacía lo que uno le dijera a la hora que fuera y en el sitio que tocara. Fue algo tan increíble

que las mentes de

lo que hice que todavía lo tengo aquí, en la mitad de la frente, en el único sitio en donde a uno le deben pegar el tiro cuando lo maten para que todo se le olvide de un tajo y no vea quién le está disparando.

Yo me cansé de que estuvieran pidiendo papeles por la mañana y por la tarde, requisando el camioncito o el yip y siempre haciendo las mismas preguntas y siempre los mismos soldados camuflados. Entonces les puse la perseguidora y les fui armando el horario que tenían porque como son uniformados, siempre repiten todo, apuntan todo y se gastan más tiempo haciendo los partes oficiales para quedar bien con sus superiores que pensando en cómo es que se debe ganar la guerra.

¿No ve usted doctor que la pelea con las guerrillas lleva más de veinte años y no han podido ganarle una? Es que a los soldados no les enseñan a pelear, les enseñan a quedar bien con su superior, a obedecer las burradas que les manden a hacer desde arriba y a salvar el pellejo. Y no es ahora no más, por aquellos durísimos días, cuando nos robaron las elecciones, eran igualitos y yo me aproveché de eso.

Todos los días, a la cuatro de la mañana, los hacían levantar en todos los campamentos que habían montado y los ponían hacer gimnasia para que despertaran. Es una idea tan vieja como los ejércitos. Creen que las mentes despejadas son las que se levantan

temprano y trotan y hacen ejercicios antes de comenzar el día. Lo que se necesita no es soldados máquinas para ganar la guerra. Lo que se busca son soldados que piensen, que sean humanos para que entiendan a quien le ganan la batalla y tengan eso que les quitan a todos cuando entran al cuartel: sentido común.

Aquí, en el Ejército Nacional de los Traquetos, vamos a ganar la batalla final no porque tengamos la razón o hayamos comprado la fuerza. Aquí vamos a ganar la pelea porque todos, desde el primero hasta el último, saben qué pelea se está librando y por qué hay necesidad de ganarla. No basta con odiar al gringo que ha metido al país en este enredo pero quiere seguir metiendo perica. Si nos van a perseguir a los narcos para ellos producir la cocaína y quitarnos ese privilegio a los colombianos, como hicieron con la mariguana se jodieron doctor. Si el Ejército Nacional no libra la batalla para defender al país de esos gringos abusivos, nosotros sí la damos y la ganamos.

Así la gané por esos días y me volví lo que soy. No tuve sino que mirarles el programa diario y saber que no lo cambiaban, que a las cinco de la mañana les daban un café con aguapanela, que a las seis cambiaban de turno de guardia, que a la siete desayunaban y así todo el día, entre atontados y despiertos, como si no hubieran dormido.

Yo me les medí para joderlos y como ese cañón sí me lo conocía de rabo a rabo y sabía dónde se oían los ecos, me fui con el pelado ese del que andaba encarretado y con una pólvora de serie, de la que vendían donde el señor Kafure en Tuluá, nos pusimos a jugar arriba de La Aurora, por el camino que baja de la tierra fría, por donde yo bajaba con las vacas todos los días y, como si fuera una batalla entre dos bandos y eso pareció el fin del mundo. Debieron haberlo oído en los cuatro costados. El resto fue el pánico y la suerte o el destino, como usted lo llame y que nunca me ha abandonado.

Yo he visto soldados torpes y he manejado muchos generales y les he comprado hasta los calzoncillos porque para qué le digo, doctor, mientras más soles tengan en los hombros, más se dejan comprar esos bandidos, pero torpes como ese mayor y esos soldados de aquella vez, nunca. Apenas oyeron los tiros y el retumbar de la batalla imaginaria se volvieron loquitos, equivocaron los ecos, se sintieron cercados y buscando salida en los camioncitos que tenían o de a pie, desesperados, unos yendo y otros viniendo, la cagaron pero la cagaron de verdad doctor.

No puedo asegurarle después de tantos años qué pasó porque yo no vi lo que estaba pasando en el momento, pero debieron haber corrido órdenes y contraórdenes y los carros que subían a la carrera

debieron haber bajado pero lo cierto es que en el fondo del río cayeron dos de los camiones y uno de ellos parece que rodó desde la parte alta haciendo creer a los de abajo que se venía un ataque y los muy bestias lo repelieron a bala. Quedaron 17 muertos y aun cuando dijeron en la prensa que había sido un ataque de los anapistas contra la patrulla del ejército y que la rebelión se estaba formando de verdad pero que ellos habían repelido con fuerza el ataque y destrozado al grupo subversivo, la verdad es que los malparidos esos vistieron de civil a una docena de los soldaditos muertos y los hicieron aparecer como anapistas y así lo creyeron en el país entero, menos en ese cañón y entre las gentes de la montaña que supieron quién era "Hatoviejo" ..."